



5 de julio
de 2014

DÍA DE AYUNO Y ORACIÓN

¡Adoración!

¡Adoración!

Hoy que es Día de Ayuno y Oración, considero oportuno hablar sobre el tema de la adoración. Dios desea que cuando nos reunimos para adorarlo lo hagamos de todo corazón, con la disposición de encontrarnos con él, de abrirle nuestro corazón en confesión humilde, de entregarle todo nuestro ser y poner nuestros dones a su servicio.

Ilustración

Se cuenta la historia de una mujer pobre y viuda que tenía que realizar largas jornadas de trabajo en cierta empresa. Debido al gran esfuerzo que hacía para mantener a sus hijos, enfermó de gravedad. Después de haber estado varios días bajo supervisión médica, logró restablecerse. Finalmente el médico le dijo:

—Bien, ya podemos decir que está curada. Pronto volverá a su trabajo. Pero le recomiendo que cada domingo pase todo el día descansando.

Por ser una cristiana evangélica que acostumbraba ir a su iglesia todos los domingos, preguntó:

—¿Ni siquiera podré ir al templo a adorar a Dios?

—No se preocupe, señora —le respondió el médico—, el templo y Dios pueden pasarla sin usted.

—Puede ser —respondió la mujer—, pero yo no puedo pasarla sin Dios y sin ir al templo para participar de la adoración.

«Adoración». ¿Qué significa? Cuando el sábado en la mañana escuchas a alguien decir: «Preparémonos para la adoración», ¿qué pensamientos vienen a tu mente? Tal vez algunos piensan que el término adoración se usa para distinguir el servicio del sábado en la mañana de otros servicios. Otros quizá piensan que la adoración consiste en arrodillarnos para participar de la oración, ponernos de pie para cantar, y sentarnos para escuchar la predicación.

Podríamos pensar incluso que la adoración es lo que hacemos en nuestros hogares cuando leemos la Biblia y oramos; ya sea que lo hagamos solos, con nuestra familia o en un grupo pequeño. Sin embargo, aunque algunos de estos elementos, o todos ellos, estén presentes, la adoración tiene un significado mucho más profundo. Dios desea que cuando nos reunimos para adorarlo lo hagamos de todo corazón, con la disposición de encontrarnos con él, abrirle nuestro corazón en confesión humilde, entregarle todo nuestro ser, y poner nuestros dones a su servicio.

Un incidente en la vida del profeta Isaías, registrado en Isaías 6: 1-8, puede ayudarnos a entender el significado de la verdadera adoración:

«El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces

**HIMNO
DE APERTURA:**
*Himnario
adventista,
n° 303.*

**LECTURA
BÍBLICA:**
Isaías 6: 8.

**HIMNO
FINAL:**
*Himnario
adventista,
n° 469.*

SERMÓN

diciendo: "¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!". Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: "¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos". Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: "He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado". Después oí la voz del Señor, que decía: "¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?". Entonces respondí yo: "Heme aquí, envíame a mí".

La adoración es un encuentro con Dios.

Lo primero que Isaías hace es mostrarnos que la correcta adoración es un encuentro con Dios. Adorar no solo implica «hacer cosas» para agradar a Dios. La adoración tiene lugar en cualquier tiempo, lugar y circunstancia, cuando nos encontramos con Dios y deseamos ser transformados por él. Adoramos a Dios cada vez que nos involucramos personal y voluntariamente con su gracia, su misericordia y su amor incondicional. La verdadera adoración supera las manifestaciones externas y superficiales, pues comprende que Dios está deseoso de una relación íntima, personal y espiritual con su pueblo. Comienza con una clara visión de quién es Dios: su presencia, su majestad, su santidad y su poder (ver S. Joseph Kidder, *Majesty, Experiencing Autentic Worship*, [Review And Herald Publishing Association: Hagerstown, MD, 2009]).

Isaías dice: «Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo» (vers. 1). La adoración, en el caso del profeta, comienza cuando él recibe una visión clara de la presencia de Dios. Dios se revela a sí mismo, y el profeta responde a esa revelación. Participamos de la verdadera adoración cuando tenemos un encuentro con Dios; cuando lo miramos alto y sublime, en toda su santidad y grandeza; cuando venimos

ante Dios reconociendo nuestro vacío e impotencia, sin nada que ofrecerle, y comprendemos que él nos acepta como somos y tiene poder para transformarnos (*ibid.*, p. 22).

Isaías también nos dice que la adoración correcta es la reacción humilde de un pecador arrepentido ante la revelación de Dios. Ante la sublime revelación de Dios, el profeta queda profundamente impresionado. Al recibir una clara visión de quién es Dios, al experimentar su presencia, su majestad, su santidad y poder; percibe su propia naturaleza pecaminosa y humildemente exclama: «¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (vers. 5). Se da cuenta de que él no es nada y que Dios es todo. En el camino hacia la adoración siempre descubrimos que nosotros no somos nada y que Dios es todo. No tenemos nada que nos recomiende ante Dios, excepto nuestra gran necesidad.

Dios desea que cuando nos reunimos para adorarlo lo hagamos de todo corazón; con la disposición de encontrarnos con él, abrirle nuestro corazón en confesión humilde, entregarle todo nuestro ser, y poner nuestros dones a su servicio. Participamos de la verdadera adoración cuando nos damos cuenta de que a pesar de nuestras debilidades y nuestra pecaminosidad, Dios no nos rechaza. Él nos acepta como somos, nos recibe como estamos, aun si tenemos un historial vergonzoso. Pero no nos deja así, porque él quiere y puede transformarnos, si se lo permitimos. Habiéndose humillado ante Dios, Isaías experimentó el perdón. Él dice: «Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: "He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado"» (vers. 6, 7). La adoración es la respuesta activa, de un pecador salvo por gracia, al llamado de Dios.

Pero el profeta Isaías no solo nos muestra que la correcta adoración es un encuentro con Dios. No se limita

a decimos que la adoración correcta es la reacción humilde de un pecador arrepentido ante la revelación de Dios. También nos demuestra que la adoración correcta involucra la respuesta activa del pecador, que al comprender que es salvo por gracia, responde al llamado de Dios con plena disposición de servicio.

· Cuando experimentamos el perdón de nuestros pecados, nuestro ser reboza de gozo y nuestra reacción natural es la adoración a Dios. La certeza del perdón le dio a Isaías un nuevo sentido de valía personal, de devoción y de renovación. Por eso cuando escuchó la voz del Señor, que preguntaba: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?», respondió: «Heme aquí, envíame a mí» (vers. 8). La adoración es la respuesta activa de un pecador salvo por gracia, al llamado de Dios. Isaías fue transformado por su encuentro con Dios. Ese encuentro marcó su vida, y determinó su futuro como siervo de Dios. Su adoración se evidenció por su aceptación del llamado al servicio que Dios le hizo. Aunque la adoración comienza siempre con el reconocimiento de la santidad de Dios y continúa con el reconocimiento de nuestro ser pecaminoso, siempre nos lleva al servicio activo a favor de Dios. La verdadera adoración marca nuestra vida y le da sentido y dirección. Nos pone en sintonía con Dios y nos renueva a fin de ser portadores de su mensaje para el mundo.

Conclusión

Dios desea que cuando nos reunimos para adorarlo lo hagamos de todo corazón; con la disposición de encontrarnos con él, de abrirle nuestro corazón en confesión humilde, de entregarle todo nuestro ser y poner nuestros dones a su servicio. Pero esa es una decisión voluntaria y personal.

La verdadera adoración es un encuentro con Dios. Se centra en Dios y no en el ser humano. Es la reacción

humilde de un pecador arrepentido ante la revelación de Dios, porque se da cuenta de que él no es nada, y que Dios es todo. La verdadera adoración es la respuesta activa de un pecador salvo por gracia, que cuando Dios lo llama preguntando: «¿A quién enviaré y quien irá por nosotros?», responde sin titubear: «Heme aquí, envíame a mí».

Cuando nos embarquemos en auténtica experiencia de adoración a nuestro Dios estaremos mucho más dispuestos a servirle con amor y entusiasmo. Estaremos dispuestos a proclamar su gracia salvadora y transformadora.

Con el autor del himno «Sublime gracia», John Newton, cantaremos:

Sublime gracia del Señor,
de muerte me libró.
Perdido fui, me rescató;
fui ciego, me hizo ver.

Mi corazón enterneció,
mis dudas disipó.
Preciosa fue la hora en que
rendí mi vida a él.

Jesús promete darme el bien;
confío siempre en él.
Mi protector y guía fiel
me llevará al hogar.

¿Te gustaría experimentar la verdadera adoración y responder al llamado que Dios te hace ahora, como lo hizo el profeta Isaías, diciéndole: «Heme aquí, envíame a mí»? Si esa es tu decisión voluntaria y personal, te invito a acercarte al altar para orar por ti.

*Pr. Abner De los Santos,
Vicepresidente de la División Interamericana.*